

## Continuidades, discontinuidades e interacciones culturales en el desarrollo cultural prehispánico de la selva El Ocote, Chiapas

Davide Domenici\*

El Proyecto Arqueológico Río La Venta, organizado por la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (México), por La Universidad de Bologna (Italia) y por la Asociación La Venta (Italia) se ha desarrollado en la selva El Ocote, en el oeste de Chiapas, desde 1997. Los trabajos de investigación, bajo la dirección de Thomas A. Lee y de quien escribe, han llevado a delinear la larga secuencia ocupacional del área de estudio (Domenici, 2005a). En el presente trabajo trataremos de delinear sintéticamente las dinámicas de ocupación prehispánica del área, de contextualizarlas en el más amplio marco de la arqueología del sureste y esbozaremos algunos de los principales temas de investigación que en nuestra opinión merecen ser profundizados en el futuro.

La selva El Ocote se ubica en el extremo occidental del estado de Chiapas, es decir, en una región que fue teatro del milenario desarrollo cultural de los grupos zoques y cuya trayectoria prehispánica ha sido objeto de muchos trabajos arqueológicos llevados a cabo sobretodo por la *New World Archaeological Foundation*. Sin embargo, las características medioambientales de la selva El Ocote, y particularmente el intenso carstismo que caracteriza el macizo de calizas sobre el cual crece la selva, hicieron que su ocupación prehispánica presente caracteres bas-

---

\* Dipartimento di Paleografia e Medievistica, Università di Bologna, Italia.

tante peculiares, solamente en parte análogos a los de las áreas inmediatamente adyacentes.

En este sentido, un primer elemento muy evidente es de carácter cronológico: si bien los cercanos valles de Jiquipilas y Ocozocoautla fueron ocupados por grupos mixe-zoqueanos desde el Preclásico Inferior, las más antiguas evidencias arqueológicas en El Ocote se remontan solamente a finales del Preclásico Tardío. Esto quiere decir que en la selva El Ocote no se hallan evidencias de algunos de los momentos más relevantes de la trayectoria cultural de los mixe-zoques prehispánicos: de hecho, no tenemos evidencias ni del llamado horizonte Locona, ni del horizonte olmeca de San Lorenzo, no obstante este último está claramente representado en el cercano sitio de Mirador-Plumajillo en sus fases Pac/Sapatah (Agrinier, 1984). Asimismo, no tenemos evidencia alguna del gran florecimiento cultural zoque del Preclásico Medio, el cual, contemporáneo al apogeo de La Venta en el área olmeca metropolitana, se caracteriza por una intensa actividad arquitectónica monumental, con importantes manifestaciones tanto en sitios del oeste de Chiapas como Chiapa de Corzo, San Isidro (Lee 1974, Lowe, 1999) y Mirador (Agrinier, 2000), así como en toda la Depresión Central, en el área del los altos tributarios del Grijalva y en la costa del Pacífico. La razón de la falta de evidencias de estas importantes fases culturales zoqueanas en la selva El Ocote es evidente: el intenso fenómeno cárstico hacía que el macizo de calizas de El Ocote fuese sumamente pobre de aguas superficiales y tierras cultivables, siendo así poco atractivo para los grupos de agricultores que preferían asentarse en los amplios valles cercanos, como los de Ocozocoautla y Jiquipilas.

Las más antiguas evidencias de presencia humana en el cañón del río La Venta fueron detectadas por Thomas A. Lee en la cueva de la Media Luna (Lee, 1985), en donde encontró una ofrenda masiva de platos del Preclásico Tardío, fase Guañoma (CA. 300-1 a.C.). La ofrenda de la cueva de La Media Luna constituye el primer ejemplo de una forma ritual que devino sumamente común en nuestra área de estudio hasta el Clásico Medio. Sin embargo, las evidencias del Preclásico Tardío y del Protoclásico son relativamente limitadas, mientras que son muy abundantes las del Clásico Temprano y Medio, caracterizadas por la

presencia de cerámica negra ahumada y, sobretudo, por la difusión de decoraciones incisas en forma de triángulos achurados, líneas onduladas, escalonados y volutas.

Si el origen de la cerámica negra ahumada se remonta al Preclásico Inferior tanto en el área olmeca del Golfo como en sitios del oeste de Chiapas, su frecuencia disminuyó notablemente en el oeste de Chiapas a finales del Preclásico Medio, para alcanzar un nuevo auge a partir del Preclásico Tardío en sitios como Chiapa de Corzo y Mirador. Su versión de pasta fina con decoraciones incisas parece haber tenido su origen en el Preclásico Medio de la costa del Golfo, en donde se caracteriza por la extrema finura de las incisiones (Stark, 1997: 289-293). Desde esta misma época, dicha cerámica fue exportada hasta regiones lejanas como los altos tributarios del Grijalva, en donde se caracteriza el grupo cerámico Veracruz (Miller, Bryant, Clark y Lowe, 2005: 238-242). Sin embargo, su mayor auge en Chiapas occidental se remonta al Clásico Temprano y Medio (fases Jiquipilas y Kundapí), en contraste con lo que pasó en la costa del Golfo, en donde estas cerámicas desaparecieron desde finales del Preclásico Tardío-Protoclásico (Stark, 1997: 303).

Las primeras evidencias arqueológicas de nuestra área de estudio coinciden entonces con un momento de fuerte cambio cultural en el oeste de Chiapas, reflejado por importantes cambios en el sitio de Mirador ya desde la fase Guañoma (Lowe, 1999: 92) y, sobretudo, en Chiapa de Corzo durante sus fases protoclásicas Horcones e Istmo. Tomando las evidencias cerámicas como bases para definir esferas culturales, podríamos decir, así como lo planteó Gareth Lowe, que entre finales del Preclásico Tardío y el Clásico Medio, en el oeste de Chiapas se desarrolló una esfera cultural zoque relativamente homogénea bien atestiguada en sitios como San Isidro, Ocozocoautla, Piedra Parada y Mirador y cuyo principal indicador arqueológico es el nuevo auge de la cerámica de cocción diferencial. El límite oriental de esta esfera parece fijarse en la región del sitio de Santa Cruz en donde su indicador es el tipo Santa Cruz Black (Sanders, 1961: 30-31), mientras que más al este los grupos zoques ya se estaban enfrentando con la ocupación mayanese de la región de los altos tributarios del Grijalva, aunque modos cerámicos de tradición zoque, identificables por ejemplo en el grupo local Ta-

bil Black (Bryant, 2005: 379), seguían siendo producidos, posiblemente por parte de los estratos sociales más bajos de la población autóctona. Sin duda, las mayores relaciones “exteriores” de la esfera cultural zoque del oeste de Chiapas fueron mantenidos en esta fase con las tierras bajas de la costa del Golfo (Lowe, 1999: 127), en donde el florecimiento de los grupos zoqueanos locales está atestiguado por sitios como Tres Zapotes (Pool, 2000) y Cerro de las Mesas (Stark, 1997: 304), así como por la paralela difusión del llamado Isthmian Writing System, cuyas evidencias han sido encontradas sobretodo en la costa del Golfo pero también en Chiapa de Corzo (Meluzín, 1995). El límite occidental de esta misma esfera cultural es más difícil de determinar, aunque posiblemente se ubique en la selva de los Chimalapas y en el Istmo de Tehuantepec, área en donde los grupos zoqueanos colindaban con otros grupos étnicos oaxaqueños. Un potencial apoyo a este cuadro nos llega de la lingüística histórica, ya que se ha postulado que la separación entre el mixe y el zoque se dio entre el Preclásico Tardío y el inicio del Clásico Temprano (Justeson *et al.*, 1985: 61).

Al parecer, esta misma esfera cultural zoque fue interceptada, a lo largo del Clásico Medio, por importantes relaciones con la metrópolis de Teotihuacán, como atestiguan las evidentes influencias teotihuacanas en la secuencia cerámica de Mirador (Agrinier, 1970, 1975). En cambio, la ruptura de relaciones directas entre la parte occidental de la Depresión Central y la región de los altos tributarios del Grijalva, así como el posible carácter conflictivo del panorama político de esta última zona, parecen ser las razones de la total ausencia de elementos teotihuacanos en el Clásico Medio en la zona de los altos tributarios (Agrinier y Bryant, 2005: 412). Imaginamos, por tanto, que la principal ruta seguida por los teotihuacanos en sus desplazamientos hacia el Sureste y el área maya bajara desde la costa del Golfo hacia San Isidro, Ocozocoautla, y Mirador; de aquí seguían hacia el sur a lo largo del valle de Jiquipilas, hasta llegar al paso de La Sepultura, en la zona de Arriaga, que permitía superar la Sierra Madre hasta la costa del Pacífico, para llegar a sitios como Horcones y de allí seguir bajando hasta la región maya de la costa guatemalteca del Departamento de Escuintla, de donde podían fácilmente llegar a Kaminaljuyú. Es posible que el auge de la

mencionada ruta comercial haya sido también la causa de una progresiva marginación del sitio de Chiapa de Corzo, en donde las evidencias del Clásico Medio son muy escasas.

Resumiendo, el primer periodo de auge cultural de la selva El Ocote parece haberse dado en coincidencia con el desarrollo, relativamente estable y homogéneo, de esta esfera cultural zoqueana desde el Protoclásico hasta el Clásico Medio. Si el conocimiento arqueológico de esta esfera cultural es relativamente abundante gracias a los trabajos de la *New World Archaeological Foundation*, creemos que las investigaciones llevadas a cabo en el Ocote proporcionan datos relativos a ámbitos todavía muy poco conocidos, particularmente los relativos a las antiguas prácticas rituales hipogeas. De hecho, frente a la casi total ausencia de sitios anteriores al Clásico Tardío ocupados permanentemente, en El Ocote pudimos detectar y estudiar una notable cantidad de áreas de actividad ritual ubicadas en el interior de las muchas cuevas de la región. En otras palabras, si los límites medioambientales derivados del carsitismo seguían siendo un freno a la ocupación permanente de la selva El Ocote, ahora el mismo fenómeno cárstico devino una razón de atracción hacia El Ocote. Sus innumerables colinas en cuyas bases se presentan cuevas que permiten acceder a las aguas subterráneas hicieron que el paisaje natural reflejara un concepto cosmológico pan-mesoamericano que podríamos denominar “complejo cerro-cueva-agua”; la selva El Ocote fue entonces percibida como un verdadero paisaje sagrado, apto a la interacción ritual con las fuerzas sobrenaturales de la fertilidad. Por esta razón sus abundantes cuevas fueron utilizadas como recintos rituales en donde, desde el Preclásico Tardío hasta el Clásico Medio, se acumularon ofrendas constituidas principalmente por cajetes negros ahumados, entre los cuales destacan los cajetes Venta Ahumado, tipo Paniagua Inciso (o Kombe Black-and-White, tipo Pusquipac Inciso según la terminología de San Isidro). No es este el lugar para insistir en el detallado análisis de las áreas de actividad ritual, para lo cual remitimos a otras publicaciones (Domenici, 2005b). Lo que en cambio nos interesa destacar aquí, es el énfasis que las prácticas rituales hipogeas adquirieron en correspondencia del desarrollo de la mencionada esfera cultural zoque de Chiapas occidental entre el inicio de la era cristiana y el 650

d.C. La abundancia de cuevas con vestigios de esta época en nuestra área de estudio, ya observada por Frederick Peterson, a quien la *New World Archaeological Foundation* asignó el “asombroso encargo” de recorrer las cuevas de la subregión Ocozocoautla-Cintalapa (Lowe, 1959a: 5; Peterson, 1963a, 1963b), así como su frecuencia en regiones cercanas como las áreas de Ocuilapa y San Fernando (Grupo Espeleológico Jaguares, comunicación personal), nos parece sumamente llamativa y seguramente merece ulteriores estudios. Si bien hay que tomar en cuenta la posibilidad de que áreas rituales hipogeas de épocas más tempranas no hayan sido detectadas por falta de investigación, es un hecho de que el periodo entre el Preclásico Tardío y el Clásico Medio representó un momento de auge de tales prácticas, en contraste –por ejemplo– con lo que pasaba en el área maya, en donde el Clásico Temprano fue un momento de reducción de este tipo de actividades (Varela Torrecilla y Bonor Villarejo, 2003: 112). Suponemos que esto pueda relacionarse con el tipo de elaboración ideológica que sustentaba y legitimaba a las *elites* que dominaban los cacicazgos locales, las cuales posiblemente fundaban su poder sobre la mediación entre los grupos humanos y las fuerzas sobrenaturales de la fertilidad y explicitada a través de la organización de abundantes eventos rituales con ellas relacionados.

Sin duda alguna, en términos de procesos culturales, el principal problema que queda pendiente en nuestra área de estudio, y no sólo en ella, es explicar los tajantes cambios que afectaron la región a principios del Clásico Tardío. Si ya el abandono de gran parte de las estructuras de Chiapa de Corzo a finales del Clásico Temprano puede ser identificado como momento inicial de este proceso, el sucesivo abandono de Mirador y los cambios en la secuencia de San Isidro son pruebas evidentes de ello. La total desaparición de la cerámica negra sustituida por las pastas finas naranja y la intensa actividad arquitectónica en sitios como San Antonio (Agrinier, 1969b) y Varejonal (Agrinier, 1969a) son los elementos más evidentes de una nueva fase cultural, cuyas evidencias son sumamente abundantes en la selva El Ocote. De hecho, por primera vez, en el Clásico Tardío la selva El Ocote fue intensamente colonizada, como demuestran numerosos sitios entre los cuales destacan López Mateos, Varejonal, Emiliano Zapata, El Maculiz, El Cafetal, Alto del

Zapote y El Higo. Todos ellos se caracterizan por una refinada arquitectura monumental en lajas de piedra caliza, formalmente análoga a la contemporánea arquitectura de sitios como San Antonio y San Isidro.

El excelente estado de conservación de estos sitios y la casi nula antropización moderna del área, hoy protegida en la Reserva de la Biosfera El Ocote, ofrece un panorama de los patrones de asentamiento del Clásico Tardío extremadamente significativo. El proceso de colonización de un territorio anteriormente despoblado hacen que El Ocote sea un excelente lugar para investigar las modalidades de ocupación humana de un paisaje cárstico y la forma en la cual la red de asentamientos refleja los patrones de organización sociopolítica y sus modificaciones a través del tiempo. En términos generales, los sitios del Clásico Tardío se pueden subdividir en tres niveles jerárquicos, es decir: sitios monumentales primarios, dotados de templos, juegos de pelota, conjuntos residenciales de *elite* y plataformas habitacionales; sitios monumentales secundarios, normalmente compuestos de un único edificio monumental asociado a algunas plataformas habitacionales; y, finalmente sitios rurales, compuestos únicamente por una o más plataformas habitacionales. En otro trabajo (Domenici, 2005a) hemos hipotetizado que cada sitio monumental primario representa el asiento de los miembros principales de varios linajes o “casas”, cada uno poseedor de un edificio representativo en la plaza principal; los sitios monumentales secundarios podrían representar los asientos de otros miembros de cada linaje o “casa”, mientras que los sitios rurales corresponderían a las habitaciones de las familias de campesinos que vivían bajo la autoridad de los mencionados grupos nobles. A nivel general, no es posible determinar si El Ocote constituyó una única entidad política, aunque los datos disponibles parecen más bien reflejar un panorama político compuesto por varias entidades cercanas e independientes: en este sentido las decoraciones que caracterizan los edificios principales de cada sitio monumental primario pudieran corresponder a símbolos identificativos de tales entidades.

Aunque nuestras excavaciones de sitios de esta fase hayan sido muy limitadas, el mapeo y el detallado estudio de las evidencias arquitectónicas nos permitieron definir de manera preliminar la existencia de dos subfases a lo largo del Clásico Tardío, cada una identificada por aspectos

urbanísticos que reflejan la progresiva adaptación al medio cárstico. La primera subfase, correspondiente al inicio de la colonización y tentativamente fechada de 650-800 d.C., se caracteriza por sitios monumentales relativamente grandes (4-5 hectáreas) como López Mateos, Varejonal y El Maculiz, en donde la plaza central fue ubicada en el fondo de valles o dolinas y los edificios monumentales se edificaron al rededor de la misma, muchas veces sobre las laderas de los cerros que rodean la plaza.

Al parecer, este patrón de sitios “cóncavos” fue el resultado de la aplicación local de un patrón urbanístico desarrollado en áreas externas a la selva, en donde no faltaban grandes áreas planas para ubicar las grandes plazas centrales de los sitios. En la segunda subfase (tentativamente fechada entre 800 y 1000 d.C.), con el avance de la colonización hacia las zonas más internas y abruptas de El Ocote, se observa un cambio radical en el patrón urbanístico: los abundantes sitios monumentales de esta subfase, como El Higo o El Tigre, de tamaño más reducido (2-3 hectáreas), fueron ahora ubicados en la cumbre de los relieves gracias a la edificación de grandes basamentos artificiales finalizados en la creación de espacios planos en donde se edificaron las plazas; en estos sitios los edificios monumentales se disponen alrededor de la plaza y sobre las laderas de los cerros, resultando así en una forma urbanística general que podríamos definir “convexa”.

Si la proliferación de los sitios monumentales parece reflejar un fenómeno de fisión de los grupos humanos a lo largo del proceso de colonización, su nuevo patrón urbanístico parece reflejar la necesidad de preservar las escasas áreas planas al fondo de las dolinas para utilizarlas como áreas agrícolas. Si bien a primera vista los sitios de la segunda subfase puedan parecer de carácter defensivo, el hecho de que a lo largo de las dos subfases los sitios rurales, compuestos por una o más plataformas bajas, sigan ubicándose siempre al margen de las dolinas, es decir, en una posición favorable para el desarrollo de los trabajos agrícolas, sugiere que el cambio en el patrón urbanístico respondió a exigencias de tipo ecológico y económico más que defensivo. Futuros trabajos de excavación y, sobre todo, el eventual refinamiento de la secuencia cerámica disponible, podrán confirmar o desmentir nuestra hipótesis relativa a las dos subfases del Clásico Tardío.

Entre los temas que en nuestra opinión presentan mayor interés para ser profundizados en el futuro destaca el análisis de la arquitectura zoque del Clásico Tardío, magistralmente ejemplificada en los sitios de El Ocote. Bastarán como ejemplos el estudio de las decoraciones de los edificios ya mencionados o lo de la rara tipología de temazcales monumentales de la cual pudimos excavar un ejemplar casi idéntico a lo ya estudiado por Pierre Agrinier en San Antonio (chechar en este volumen, y Agrinier, 1966), tipología aparentemente asociada al juego de pelota y exclusiva del oeste de Chiapas.

La colonización de El Ocote a lo largo del Clásico Tardío no significó, además, el fin de las prácticas rituales hipogeas. Al contrario, a esta fase parece corresponder la mayor actividad en las cuevas de la región, atestiguada por decenas de cuevas investigadas en nuestro proyecto y ejemplificadas por casos como la Cueva del Lazo y la Cueva de los Altares. Sin entrar aquí en detalles, en términos generales las cuevas utilizadas en esta fase se ubican en áreas de difícil acceso como los acantilados de cañón, donde se alcanzaban a través de estrechas terrazas, como si se quisiera de todas maneras mantener la separación entre el espacio humanizado y el espacio salvaje y “no humano” apto a las actividades rituales. Otro elemento notable es la evidente diferenciación de las actividades rituales llevadas a cabo en las cuevas, mucho más variadas respecto a las de la fase anterior y que llegaron a incluir varios casos de sacrificio de niños (para mayores detalles, véase Domenici, 2005b).

El marcador cronológico más evidente del Clásico Tardío en El Ocote es la cerámica Naranja Fino, tipo Zuleapa, análoga a la estudiada por Thomas A. Lee en San Isidro (Lee, 1974a). La abundancia de este tipo de cerámica demuestra claramente como los cambios que afectaron el oeste de Chiapas se relacionan con análogos eventos del área del Golfo, ya que la semejanza con la cerámica Naranja Fino Z apunta hacia áreas como Veracruz, Tabasco y Campeche (Lee, 1974b: 59-65). Con base en los renombrados estudios de las cerámicas Naranja Fino en el área maya (Adams, Berlín), en el pasado se ha discutido si estos cambios en el oeste de Chiapas reflejan alguna forma de “mayanización”, aunque autores como Thomas Lee (Navarrete, Lee y Silva Rhoads, 1993) y Gareth Lowe (Lowe, 1999: 140) optaron por la llegada de influencias del

área maya más que para un verdadero cambio de población del área. En nuestros trabajos no hemos detectado alguna evidencia de influencias claramente mayas y más bien me parece que los recientes desarrollos de investigaciones arqueológicas en Veracruz, por ejemplo en el área de San Lorenzo (Symonds, Cyphers y Lunagómez, 2002) o en la cuenca del Cotaxtla (Daneels, 2005), en donde el Clásico Tardío se caracteriza por complejos cerámicos dominados por las pastas finas naranja, haya demostrado claramente cómo el horizonte Naranja Fino haya sido un fenómeno originado en el área del Golfo entre Veracruz y Tabasco y que solamente después del llamado “colapso maya” este tipo de cerámica se difundió a lo largo del Usumacinta y en otras áreas de las tierras bajas mayas. De paso observamos, además, como nuestra hipótesis de la existencia de dos subfases en el Clásico Tardío de El Ocote pueda bien corresponder a las dos subfases de la paralela fase Villa Alta de San Lorenzo (Symonds, Cyphers y Lunagómez, 2002). Sin embargo, es posible que ya desde el inicio del Clásico Tardío el área de las planicies del sur de Veracruz y de Tabasco fue una zona de fuerte interacción cultural entre grupos zoqueanos y grupos mayas, como parece reflejar tanto el fenómeno de los préstamos lingüísticos entre las lenguas zoque y mayenses que al parecer se remontan a esta época (Justeson, *et al.* 1985: 69), así como las evidencias de la paralela “intrusión” de elementos escultóricos y glíficos mayas a lo largo del Bajo Grijalva (Lee, Navarrete y Silva Rhoads, 1993).

Así como en el área del Golfo y en otras partes del oeste de Chiapas, en El Ocote el fenómeno de la colonización del Clásico Tardío parece haberse interrumpido abruptamente a finales del periodo o, más bien, en el llamado Clásico Terminal, cuando todos los sitios del área fueron abandonados. Las razones de este “colapso” local todavía se nos escapan y seguramente constituyen uno de los elementos que más merecen ser investigados en el futuro.

Si para el periodo Clásico las evidencias procedentes de El Ocote representan una faceta, aunque interesante, de fenómenos culturales ya relativamente conocidos gracias a estudios anteriores en áreas adyacentes, para el Postclásico la situación es radicalmente diferente. De hecho, el Postclásico es uno de los periodos menos conocidos en el

mundo zoque y las interrogantes surgidas de las viejas investigaciones en Chiapa de Corzo relativamente a la coexistencia de grupos zoques y chiapanecas quedan todavía sin respuestas satisfactorias. Inesperadamente, el periodo Postclásico, sobretodo en su faceta tardía, está muy bien representado en los sitios de El Ocote.

Si el periodo de abandono de los sitios parece corresponder al Postclásico Temprano, fue probablemente a finales de este periodo que se dio una segunda oleada de colonización. Los restos de una ofrenda saqueada que pudimos excavar en el sitio El Higo, en donde se encontraron fragmentos de una vasija Tohil Plumbate, parecen de hecho representar los actos rituales de “toma de posesión” que dieron inicio a la reocupación del sitio y a su profunda remodelación arquitectónica (véase Campiani, en este volumen). Posiblemente la reocupación inició con la remodelación de algunos edificios monumentales de la plaza y siguió, ya en el Postclásico Tardío, con la edificación de varios complejos residenciales en las terrazas ubicadas sobre las laderas del cerro, ejemplificados por el Sector I en donde un conjunto de este tipo cubrió el antiguo temazcal monumental.

El detallado estudio arqueológico y arquitectónico de este sector, nos permitió indagar su organización interna (véase Zurla, en este volumen), así como de identificar elementos arquitectónicos distintivos de esta fase que pudimos después detectar en otros sitios del área, como las plataformas en forma de C que, en nuestra opinión, representan la célula básica de cada sitio habitacional postclásico y posiblemente deban ser identificados como la verdadera “casa” familiar, tanto en sentido funcional como identitario.

El hecho de que en el sitio El Higo los conjuntos residenciales postclásicos hayan ocupado áreas anteriormente destinadas para edificios públicos, alejándose de su antigua ubicación al margen de las dolinas, no es un caso aislado. En toda la selva El Ocote, los sitios postclásicos, de cualquier nivel jerárquico, se ubicaron ahora en la cumbre de los relieves y esta necesidad es evidente en el patrón de reocupación de los sitios clásicos, limitado a los asentamientos ubicados en esta posición, ignorando casi totalmente los sitios bajos aunque pudieran proporcionar gran cantidad de material constructivo potencialmente reutili-

zable. Esta característica del patrón de asentamiento postclásico, y el hecho que la colonización de esta fase se limite a la parte oriental de la selva, parece indicar una exigencia de tipo defensivo por parte de grupos procedentes de los valles de Jiquipilas y Ocozocoautla.

Los materiales que caracterizan la ocupación postclásica constituyen buenos indicadores cronológicos y abren interesantes pistas de investigación. Si la presencia de anillos y plaquitas de cobre así como de ollas de tres asas con altos cuellos verticales y decoración pintada ubican claramente la segunda ocupación de El Higo en el Postclásico Tardío, la mayor parte de los grupos cerámicos identificados se caracterizan por el predominio de pastas anaranjadas y blancas que parecen una evolución local de las pastas del Clásico Tardío (véase Chiessi, este volumen); en cambio, casi totalmente ausentes son las cerámicas policromas frecuentes en los sitios chiapanecas investigados por Carlos Navarrete (Navarrete, 1960-61, 1966, 1968), básicamente limitadas a un hallazgo aislado en el cañón del río La Venta. Esta característica de los grupos cerámicos, aunada a la exigencia defensiva arriba mencionada, nos hizo suponer que la ocupación postclásica de El Ocote fue el resultado del movimiento de grupos zoques del área de Jiquipilas que posiblemente se retiraban ante la presión de los chiapanecas y que encontraron en El Ocote una verdadera “región de refugio”.

La total ausencia de materiales coloniales indica que la segunda oleada de ocupación de El Ocote terminó antes de la llegada de materiales de origen europeo en la cultura material de los zoques de Chiapas. Sin embargo, los datos documentales y etnográficos (Aramoni, 1992; Wonderly, 1946), sugieren que a lo largo de toda la época colonial y moderna la selva El Ocote ha sido identificada por los zoques de Chiapas con Norte Ipstek, principal área sagrada del mundo zoque, que siguió funcionando como área de refugio para prácticas culturales tradicionales frente a la presión de otros grupos e influencias más recientes.

## Bibliografía

Agrinier, Pierre, 1966, “La casa de baños de vapor de San Antonio, Chiapas”, en *Boletín INAH* 25, pp. 29-32.

Agrinier, Pierre, 1969a, “Reconocimiento del sitio Varejonal, municipio de Jiquipilas, Chiapas”, en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, séptima época, I, 1969, pp. 69-93.

—, 1969b, *Excavations at San Antonio, Chiapas, Mexico*, Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 24, New World Archaeological Foundation, Brigham Young University, Provo.

—, 1970, *Mound 20, Mirador, Chiapas, Mexico*, Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 28, New World Archaeological Foundation, Brigham Young University, Provo.

—, 1975, *Mounds 9 and 10 at Mirador, Chiapas, Mexico*, Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 39, New World Archaeological Foundation, Brigham Young University, Provo.

—, 1984, *The Early Olmec Horizon at Mirador, Chiapas, Mexico*, Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 48, New World Archaeological Foundation, Brigham Young University, Provo.

—, 1990, “La cultura zoque en la Depresión Central de Chiapas en la época clásica”, en Amalia Cardós de Méndez (coordinadora), *La época*

*clásica: nuevos hallazgos, nuevas ideas*, Museo Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, pp. 469-478.

—, 1992, “El Montículo I de Ocozocoautla”, en Víctor Manuel Esponda, Sophia Pincemin y Mauricio Rosas (editores). *Antropología Mesoamericana. Homenaje a Alfonso Villa Rojas*, Gobierno del Estado de Chiapas, Instituto Chiapaneco de Cultura, Tuxtla Gutiérrez, pp. 237-252.

—, 2000, *Mound 27 and the Middle Preclassic Period at Mirador, Chiapas, Mexico*, Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 58, New World Archaeological Foundation, Brigham Young University, Provo.

Agrinier, Pierre y Douglas Donne Bryant, 2005, “Middle Classic Ceramics”, en Douglas Donne Bryant, John E. Clark y David Cheetham (editores), *Ceramic Sequence of the Upper Grijalva Region, Chiapas, Mexico*, Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 67, Brigham Young University, Provo, pp. 401-413.

Aramoni, Dolores, 1992, *Los refugios de lo sagrado. Religiosidad, conflicto y resistencia entre los zoques de Chiapas*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México D.F.

Bryant, Douglas Donne, 2005, “Early Classic Ceramics”, en Douglas Donne Bryant, John E. Clark y David Cheetham (editores), en *Ceramic Sequence of the Upper Grijalva Region, Chiapas, Mexico*, Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 67, Brigham Young University, Provo, pp. 353-399.

Daneels, Annick, 2005, “Un paradigma de cabeza: la viabilidad de las sociedades complejas en tierras bajas tropicales”, VI Coloquio Bosch Gimpera, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, actas en prensa.

Domenici, Davide, 2005a, “Arqueología de la Selva El Ocote, Chiapas”, en Domenici Davide y Piero Gorza (editores). *Zoques y mayas. Miradas italianas*, Centro de Estudios Mayas, UNAM, México, en prensa.

Domenici, Davide, 2005b, “Patrones de uso ritual del espacio hipogeo en la Selva El Ocote (Chiapas)”, *VI Coloquio Bosch-Gimpera*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, actas en prensa.

Ekholm, Susana M., 1984, “Piedra Parada, un sitio arqueológico olmeca/zoque de la Depresión Central de Chiapas”, en *XVII Mesa Redonda, Investigaciones recientes en el Área Maya (1981)*, tomo 1, Sociedad Mexicana de Antropología, San Cristóbal de Las Casas, pp. 383-390.

Justeson, John S., William M. Norman, Lyle Campbell y Terrence S. Kaufman, 1985, *The Foreign Impact on Lowland Mayan Language and Script*, Middle American Research Institute, Publication, núm. 53, Tulane University, New Orleans..

Lee, Thomas A., Jr., 1974a, *Mound 4 Excavations at San Isidro, Chiapas, Mexico*, Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 34, Brigham Young University, Provo.

Lee, Thomas A., 1974b, “The Middle Grijalva regional chronology and ceramic relations: a preliminary report”, en Norman Hammond (editor), *Mesoamerican Archaeology: new approaches*, Duckworth, London, pp. 1-20.

—, 1985, “Cuevas secas del río La Venta, Chiapas: Informe preliminar”, en *Revista de la UNACH*, núm. 1, 2a época, Universidad Autónoma de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, pp. 30-42.

Linares Villanueva, Eliseo y Carlos Silva Rhoads, 2001, “El Tapasco del Diablo y El Castillo: dos cuevas arqueológicas en el cañón del río La Venta, Chiapas”, en *Pueblos y Fronteras*, 2, pp. 157-172.

López Jimenez Fanny y Victor Manuel Esponda Jimeno, (s/f), “Reconocimiento arqueológico en el valle de Cintalapa y Jiquipilas”, en G. Badino *et al.* (coordinadores), *Río La Venta, tesoro de Chiapas*, Associazione La Venta, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, Tipolitografía Turra, Padova, pp. 193-202.

Lowe, Gareth, 1959, *The Chiapas Project, 1955-1958. Report of the Field Director*, Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 1. New World Archaeological Foundation, Orinda.

—, 1999, *Los Zoques antiguos de San Isidro*, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, Tuxtla Gutiérrez.

Meluzín, Sylvia, 1995, *Further Investigation of the Tuxtla Script: An Inscribed Mask and La Mojarra Stela 1*, Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 65, New World Archaeological Foundation, Brigham Young University, Provo.

Miller, Donald E., Bryant, Douglas Donne, Clark, John E. y Gareth Lowe, 2005, “Middle Preclassic Ceramics”, en Douglas Donne Bryant, John E. Clark y David Cheetham (editores), *Ceramic Sequence of the Upper Grijalva Region, Chiapas, Mexico*, Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 67, Brigham Young University, Provo, pp. 141-264.

Navarrete, Carlos, 1960-61, “Investigaciones Arqueológicas en el Río Sabinal, Chiapas”, en *Revista ICACH*, VI (5), pp. 49-83.

—, 1966, *The Chiapanec History and Culture*, Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 21, New World Archaeological Foundation, Brigham Young University, Provo.

—, 1968, “La Cerámica Postclásica de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas”, en *Anales de Antropología*, XIX, pp. 31-48.

Navarrete Carlos, Lee Thomas A. y Carlos Silva Rhoads, 1993, *Un catálogo de frontera. Esculturas, petroglifos y pinturas de la región media del Grijalva, Chiapas*, Centro de Estudios Mayas, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Paillés H., Maricruz, 1989, *Cuevas de la región de Ocozocoautla y el río La Venta: El Diario de Campo, 1945, de Matthew W. Stirling con Notas Arqueológicas*, Notes of the New World Archaeological Foundation, núm. 6, Brigham Young University, Provo.

Peterson, Frederick, 1961a, “Lost Cities of Chiapas”, en *Science of Man*, vol. I, núm. 2, pp. 52-56.

—, 1961a, “Lost Cities of Chiapas. Part II”, en *Science of Man*, vol. I, núm. 3, pp. 91-93.

Pool, Christopher A., 2000, “From Olmec to Epi-Olmec at Tres Zapotes, Veracruz, Mexico”, en John E. Clark y Mary E. Pye (editores), *Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica*, National Gallery of Art, Washington, pp. 137-153.

Sanders, William T., 1961, *Ceramic Stratigraphy at Santa Cruz, Chiapas, Mexico*, Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 13, Brigham Young University, Provo.

Stark, Barbara L., 1997, “Gulf Lowland Ceramic Styles and Political Geography in Ancient Veracruz”, en Barbara L. Stark y Philip J. Arnold III (editores), *Olmec to Aztec. Settlement Patterns in the Ancient Gulf Lowlands*, The University of Arizona Press, Tucson, pp. 278-309.

Symonds, Stacey, Cyphers Ann y Roberto Lunagómez, 2002, *Asentamiento prehispánico en San Lorenzo Tenochtitlán*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Varela Torrecilla, Carmen y Juan Luis Bonor Villarejo, 2003, “Cronología y función de las cavernas del área maya: ¿espacio ritual o profano?”, en A. Breton, A. Monod Becquelin y M. H. Ruz (editores), *Espacios mayas. Usos, representaciones, creencias*, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México, pp. 111-141.

Wonderly, William L., 1946, “Textos en Zoque Sobre el Concepto del Nagual”, en *Tlalocan*, vol. II, núm. 2, pp. 97-105.